

cesidad de concentrar todas las fuerzas sobre el teatro mismo de la acción principal para dar un golpe decisivo. Holanda, en donde querían, según todas las apariencias, operar una fuerte diversión, era un campo de batalla sobrado excéntrico, y sobrado fácil de defender, para que hasta una victoria pudiera ejercer una marcada influencia sobre el resultado de la guerra. La misma Alemania, en el espacio comprendido entre el curso del Elba y el del Weser, suministraba la base de operaciones buscadas. Hannover, esa cuna de la dinastía británica, hubiese debido ser el primer punto en sublevarse, y la vacilante Prusia hubiera sido entonces arrastrada, y la débil monarquía del rey Jerónimo hubiese desaparecido en un momento; barrera alguna hubiera detenido el torrente hasta el Danubio. No sólo los organizadores de la expedición no se dieron cuenta de estas ventajas, sino que no parecía que comprendieran la necesidad de una pronta resolución. Sus lentitudes amenazaban hacer inútil este inestimable respiro que les había valido una batalla dudosa. Los días, las semanas, transcurrían; Austria, apurada hacía oír gritos de agonía, y el mismo misterio continuaba cubriendo la expedición inglesa.

»Pero cualesquiera que fueran los yerros en parte involuntarios del gabinete británico, la mayor responsabilidad en los sucesos que se preparaban era sin comparación la que incumbía al gobierno prusiano. Había no sólo deseado con todo corazón la guerra actual, sino que había contribuido á organizar poderosamente contra Napoleon la gran conspiración de las sociedades secretas. Sus hombres de estado, sus generales, sus funcionarios de todas clases, llenaban los cuadros de la *Tugendbund*. Schill era el amigo y hermano de los Stein, de los Scharnhorst, de los Blücher. El ejército entero ardía en deseos de tomar la revancha de las humillaciones de Jena. Lejos de encontrar un obstáculo á sus proyectos en el sentimiento de las poblaciones, el gabinete prusiano tenía mejor que excitarlos, contenerlos. Los agentes diplomáticos franceses, los generales y comandantes de las plazas que aquellos ocupaban todavía en Prusia, Rapp en Dantzig, Micaud en Magdeburg, estaban unánimes en declarar los sentimientos de odio, de profunda enemistad que la nación prusiana nutría contra Francia. No se la mantenía momentáneamente sino engañando su impaciencia con la perspectiva de una guerra inminente. Las disposiciones del rey que todavía residía en Koenigsberg no eran más dudosas que las del ministerio que tenía su asiento en Berlín.

»Tanto contaba el gabinete de Viena con el curso de Prusia, que era principalmente en vista de esta alianza por lo que había concedido tan grande importancia al destacamento del archiduque Fernando en Polonia. Y si el archiduque después de haber rechazado á Poniatowski al otro lado del Vístula, se había aproximado á las fronteras de Prusia alejándose cada vez más de su base de operaciones, era con la esperanza de dar bien pronto la mano á los ejércitos prusianos. Esta esperanza estaba fundada en seguridades positivas.

»El príncipe de Orange había dado de parte del rey Federico Guillermo al emperador Francisco, promesas tormaies de una próxima cooperación. Después de Essling, Francisco II juzgó que era llegado el momento de reclamar su ejecución. Envío á Koenigsberg al coronel Steingentesch, con una carta, en la cual recordaba al rey de Prusia las seguridades que le había dado, la solidaridad de los intereses que unían á Prusia y á Austria, la necesidad de una resolución pronta y enérgica, si se quería poner término «á las invasiones y expoliaciones del emperador Napoleon.» Que había sonado la hora de una tal decisión, esto no es posible contestarlo. Pero el rey Federico Guillermo, espíritu mediocre é indeciso, mostró en esta ocasión la misma irresolución que en la época de Austerlitz. Colocado de súbito en presencia de la eventualidad que él mismo había deseado, se turbó y tergiversó. Disimulando su embarazo con una acogida llena de reserva y casi de desconfianza, recibió al coronel con grande frialdad, afectando temer, «que una vez comprometido, Austria no le abandonara para hacer una paz separada;» y como Steingentesch le expresara su sorpresa al ver que se trataba una cuestión que él creía resuelta, el rey dejó escapar el secreto de sus vacilaciones, diciéndole:—No es tiempo aún... Pronunciarme ahora sería querer mi ruína... dad un golpe más y vendré; pero no vendré solo.»

«Era decir, con demasiada claridad, que se quería compartir los frutos de la victoria, pero no los riesgos de la batalla. Así se desvanecía una de las mejores probabilidades de los enemigos de Napoleon. Las pasiones insurreccionales se comunican en Alemania en una agitación febril y estéril; la irritación prusiana se gastaba en la inmovilidad de una vana esperanza; el egoísmo británico se apresuraba lentamente y se preparaba nuevos desengaños por haber pensado demasiado en sus propios intereses.

»El único socorro que vino en apoyo de Austria,

en este momento en que tan grande necesidad tenía de ser socorrida, fué una cooperación que no podía serle de utilidad alguna en tan críticas circunstancias. El decreto de Schoenbrunn, que pronunciaba la reunión de los Estados pontificios al imperio francés, se había publicado y fijado en Roma, el día 10 de Junio de 1809, Pío VII en su vista se había decidido á fulminar contra Napoleon esta bula de excomunión redactada ya desde mucho tiempo antes, y que su timidez sola la había hasta aquí impedido lanzar. Después de una larga deliberación, en la que estallaron los más opuestos sentimientos, la indignación, la angustia, la cólera, el temor, el débil anciano se resignó, á instancias de su confidente el cardenal Pacca, á lanzar el anatema y á denunciar al mundo católico al hombre á quien tanto había contribuido á levantar y asegurar en su puesto. Conmovedor espectáculo, sin duda, sino se quiere ver mas que la ancianidad en lucha con la fuerza, pero espectáculo lleno de saludables enseñanzas, si uno se coloca á un punto de vista más alto.

»En efecto, no viendo en Pío VII mas que á un anciano sin defensa, en lucha con un enemigo implacable y todopoderoso, es difícil no ceder á la piedad que inspira su desgracia. Pero cuando se piensa que ese anciano era el jefe espiritual de tantos millones de almas, el padre de las conciencias, una especie de representante de Dios en la tierra, se siente que su conducta ha de ser considerada bajo otros aspectos, que se tiene derecho á pedirle cuenta del uso que había hecho de esta autoridad sin ejemplo. Por otra parte, no se causa nunca perjuicio á un personaje histórico, juzgándole desde el punto de vista de los deberes que le impone su papel y su situación personal. Esos deberes, Pío VII los había solemnemente desconocido y traicionado asociándose con la consagración á las empresas más perversas de aquel á quien ahora acusaba...

»Las consecuencias y el castigo de esta conducta se encontraron en la indiferencia con que se acogió su caída y sus protestas. El rayo pontifical no dominaba como en otros tiempos el ruido de las armas. El anatema se perdió en el tumulto de los sucesos que llamaban la atención de Europa; y si un poco más tarde las simpatías volvieron á Pío VII, debiólo menos á su carácter de jefe supremo de la Iglesia que á la paciencia, á la sencillez, á la inalterable dulzura que desplegó en el curso de sus largos sufrimientos. Era por otra parte evidente, desde el origen de sus disgustos, que por lo mismo

que se negaba á someterse á la suerte que se le hacía, era imposible su permanencia en Roma. Acostumbrado á obtenerlo todo de la Santa silla por medio de la amenaza y del temor, Napoleon parecía haber contado ante todo con la resignación del Papa. Los dos millones de pensión que el decreto de Schoenbrunn añadía á las rentas pontificales le parecían una prenda asegurada de la docilidad de Pío VII. «Habéis visto por mis decretos, escribía el 17 de Junio á Murat, que he hecho mucho bien al Papa; pero á condición que se esté tranquilo... Si quiere tener en Roma una reunión de hombres inquietos tales como el cardenal Pacca, es preciso obrar en Roma de la misma manera que yo obraría con el arzobispo de París.» Dos días después, el 19 de Junio, la ilusión no era posible, pues Napoleon conocía forzosamente por esta fecha la excomunión publicada el 10 de Junio, y las protestas que al mismo tiempo se habían dado á luz. En todos los casos, daba en este día á Murat y al general Miollis instrucciones que se aplicaban tan bien á su actual situación, que vacilación alguna les era permitida sobre lo que les faltaba por hacer: «Os he ya dado á conocer, escribía á Murat, que mi intención era que los negocios de Roma fuesen dirigidos con una energía y que no se descuidase especie alguna de resistencia. Asilo alguno se ha de respetar, si no se somete á mis decretos, y bajo cualquier pretexto que sea no se ha de sufrir resistencia alguna. Si el Papa predica la revuelta y quiere servirse de la inmunidad de su casa para hacer imprimir circulares se le ha de arrestar.» El general Miollis recibió instrucciones en el mismo sentido y fechadas del mismo día.

»... Pero cosa digna de notarse, aquí como en la mayor parte de las ocasiones en que se le ve obligado á tomar una resolución que teme no se le reproche un día, Napoleon de ordinario tan imperativo y directo, se expresaba en el condicional, como siempre procura escaparse diciendo, «yo no he sido.» Su orden, bien que formal, está concebida en términos generales, como si hubiese procurado dejar á sus agentes la responsabilidad de la iniciativa.

»Lo que autoriza esta suposición es, que, tan pronto se ha cumplido el suceso se lava las manos, lo reniega, lo condena, más aún, lo deplora: «Es una gran locura, escribe á Fouché; estoy muy enojado.» Con Cambaceres va más lejos: «Es sin mis órdenes y contra mi voluntad que se ha hecho salir el Papa de Roma... En sus dictados de Santa Elena, se esfuerza en demostrar la necesidad del acto, pero no por esto deja de echar menos la responsabilidad



sobre el celo de sus agentes... ¡Desgraciados agentes! siempre demasiados celosos, y precisamente en las más graves circunstancias, las más á propósito para turbarles, para distraerlos y tomar un partido por sí mismos. En el asunto del duque de Enghien, el celo de Savary; en el de España, el celo de Murat; en el del Papa, el celo de Miollis; hé aquí quienes lo perdieron todo. Pero, en verdad, no se ve nunca que ese celo sea causa de disgustos, por lo contrario para los que lo han sentido ha sido causa de nuevos favores.

»...Las instrucciones dirigidas á Murat y á Miollis

estaban fechadas el 19 de Junio; el 6 de Julio siguiente, entre dos y tres de la madrugada, hora nocturna y escogida como para la emboscada de Ettenheim, tres destacamentos de soldados franceses mandados por el general Radet, escalaban clandestinamente los muros del Quirinal y desarmaban la guardia del Papa. El general penetró por fuerza con algunos oficiales en los departamentos del Papa, y le intimó en nombre del emperador que renunciase para siempre á su poder temporal, ó que se dispusiera á seguirle prisionero...

»Pocos momentos después, el papa Pío VII era



Pío VII

arrastrado rápidamente hacia Florencia, encerrado en un coche bajo llave y rodeado de una escolta de gendarmes.»

Mientras se cumplían estos hechos los dos grandes adversarios que hemos dejado á orillas del Danubio habían completado casi totalmente sus preparativos de combate. El archiduque había hecho atrincherar y unir por medio de obras guarnecidas de artillería los tres pueblos de Aspern, de Essling y de Enzersdorf, pero esta línea no amenazaba mas que uno de los lados de la isla Lobau, pues quedaba en descubierto el terreno por la parte de Mulheiten, de modo que Napoleon podía atacar de revés dicha línea haciendo inútiles todas sus defensas. Respecto la concentración de sus fuerzas tampoco estuvo acertado, pues se dejó en Polonia al archiduque Fernando con más fuerzas de las necesarias para

contener á Poniatowski, su hermano el archiduque Juan, que ya había faltado á la reunión de Lintz, seriamente perseguido por el príncipe Eugenio no pasó en su retirada por Hungría hasta Koermond, en donde recibió algunos refuerzos, y ya desde este momento no pensó mas que en tomar de nuevo la ofensiva, cuando todo le aconsejaba que fuera á situarse en Presburg, desde donde podía dar su mano al archiduque Carlos.

Napoleon, por su parte, se veía en el momento en que iban á abrirse de nuevo las hostilidades con el príncipe Eugenio en el Semring dándose la mano con Lauriston que á su vez guardaba las espaldas de Napoleon, teniendo éste á su derecha á Davout que vigilaba los alrededores de Presburg, mientras la caballería de Montbrun tenía sus exploradores por la carretera de Hungría. Por su izquierda Ber-

nadotte se extendía de Viena á Krems en donde estaba Vandamme. Tranquilo, pues, en sus posiciones de la isla Lobau, en la que tenía su mejor gente á las órdenes de Massena, en veinte días construyó tres puentes sobre el brazo mayor del Danubio, dos sobre pilotes y el otro de barcas, de modo que pudieran dar ancho, fácil y cómodo paso á su ejército entero que ocupaba en su mayor parte la orilla derecha del Danubio. Esto se tuvo por maravilla entre sus admiradores cuando no lo era, y lo que en rea-

lidad fué sorprendente no causó entusiasmo alguno entre los contemporáneos.

Considerábase el archiduque poco menos que invencible en sus posiciones porque no admitía que en una noche pudieran pasar el río 200.000 hombres por medio de dos ó tres puentes. Nunca se le ocurrió que Napoleon pudiera doblar este número, y esto precisamente era lo que estaba preparando Napoleon. Cuando éste vió acercarse el momento decisivo, procuró estrechar sus distancias con los



Batalla de Wagram

diversos ejércitos que á sus alas y á sus espaldas mandaban sus mariscales, y además llamó así todo lo que quedaba atrás de sus tropas. Fué en virtud de este movimiento general de avance, cuando el archiduque Juan se hizo derrotar en Raab por el príncipe Eugenio,—14 de Junio de 1809,—por haber desobedecido las órdenes de su hermano que le había prescrito que se uniese á él, pasando al efecto el Danubio por Presburg. Ahora sólo podía franquearlo por Comorn y caso que lo hiciera, Eugenio podía llegar antes que él al campo de batalla escogido por Napoleon.

En fin, á últimos de Junio llegaron á Viena las tropas de Marmont después de haber derrotado en varios encuentros las fuerzas de Chasteler que dejó escapar por Klagenfurth, y las del bando Croacia Giulay. De modo que Napoleon tenía poco menos

que bajo su mando á todo su ejército, cuando el archiduque Carlos no había podido conseguir que se le uniera uno solo de sus lugartenientes. En su afán de no perdonar medio alguno para reunir cuanto gente pudiera, se le ocurrió dar orden á las tripulaciones de dos escuadrillas rusas que estaban en Trieste y Venecia para que abandonaran sus buques luégo de haberlos desarmado y desmantelado, llevando al arsenal de Venecia todos los útiles y municiones, á fin de ser regimentados y marchar cuanto antes al Danubio por ser esto del agrado del emperador Alejandro. Naturalmente, se resistió á ello el almirante ruso y Napoleon tuvo que sufrir la humillación de su negativa que vino á probar hasta donde llegaba su despotismo.

Las hostilidades principiaron con la tentativa de Napoleon de destruir el puente de Presburg, pues,